

Presentación Arte y política 2005-2015. Proyectos curatoriales, textos críticos y documentación de obras.

Nelly Richard (Ed).

Miércoles 13 de junio de 2018, Casa Central Universidad de Chile.

*Karen Glavic

Quiero partir por agradecer la invitación y la oportunidad de presentar este libro. Este archivo de textos que refieren a las obras que antes fueron compiladas en el video Arte y Política 2005-2015, dirigido por Nelly Richard y del que participaron además como investigadores Mariairis Flores, Lucy Quezada y Diego Parra. Quiero hacerme cargo de la tarea que Nelly me sugirió: abordar este trabajo desde la hebra del feminismo, de la memoria, de la irrupción de los movimientos sociales en la década compilada y un poco más allá de ella también.

Es complicado no hablar de la conexión al presente cuando es Nelly quien extiende la invitación. Es de hecho la relación con este punto cardinal-temporal la que ha despertado mi interés en sus textos. ¿Qué es el presente? ¿Qué es la actualidad? ¿Qué tiempos y acciones propician? Son preguntas que no se agotan ni pretendo, por cierto, responder aquí. Pero considero que es necesario que quede registro de que son direcciones posibles y sugeridas para pensar el libro que hoy presentamos y otros a los que Nelly Richard convoque. Y aquí cito a la misma Nelly en *Crítica y Política*: pensar el presente, pero no como un presente “(...) *ya compuesto* sino [como] un conjunto disparejo de fuerzas-en-composición que varía incesantemente en sentidos e intencionalidades según las actuaciones que los mueven. No sabemos anticipadamente cuáles de estas fuerzas van a salir perdedoras o vencedoras de las pugnas de significación e interpretación que la crítica se propone librar en torno a los marcos de lo dominante, porque su despliegue es siempre táctico”.¹ Mantengamos de momento suspendida la introducción de esta cita para retomarla luego.

Es difícil hablar de *Arte y Política 2005-2015* sin pensar los textos compilados en el *Arte y Política* que es fruto del coloquio realizado en el año 2004 y que fue organizado por la Univesidad Arcis, la Universidad de Chile y el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, entre varios motivos, por la conmemoración de los 30 años del golpe de estado. De inmediato sentí el impulso de pensar sus diferencias, similitudes y, sobre todo, la continuidad y discontinuidad de sus discusiones. En la introducción del texto que nos convoca, Nelly Richard cita a Pablo Oyarzún en su intervención del 2004, a propósito de una pregunta que sigue vigente: “¿Se trata de lo político del arte, de lo político en el arte, de la política o políticas del arte, del arte político, acaso?”², y sin ánimo de cerrar la discusión que abre estas preguntas aún pendientes, Nelly sugiere la pertinencia de pensar más bien las prácticas artísticas y su capacidad de “operar políticamente” en y con la realidad social, de modo de apostar por alterar cuerpos, miradas y

¹ Nelly Richard. *Crítica y política*, Santiago de Chile, Palinodia, 2013, p. 80

² Pablo Oyarzún citado en Nelly Richard (Ed). *Arte y Política 2005-2015. Proyectos curatoriales, textos críticos y documentación de obras*, Santiago de Chile, Ediciones/Metales Pesados, 2018, p. 11

puntos de vista, en flujos de experiencias y discursos que puedan desorganizar los límites estéticos y políticos institucionales.

Sin duda, es de toda necesidad leer los distintos contextos de elaboración y entrega de ambos Arte y Política. Si el del coloquio estuvo convocado por la memoria y la conmemoración del golpe, hoy pareciera que asistimos a otros movimientos, a otras necesidades y sobre todo a otras tesis políticas y estéticas de fondo. Si en el texto de 2004 resonaba el duelo, la des-obra, la catástrofe y la derrota en sus alegorías como motivos de/para la reflexión, hoy parece que el letargo político de la transición se ha visto remecido por la fuerza de la irrupción de los movimientos sociales.

Es esto último lo que hace que la lectura de este libro sea más desafiante, porque el abanico temporal sobre el cual oficia de archivo resulta tan intenso, fluctuante y explosivo, que con 10 años de intervalo pareciera que Chile hubiese puesto el acelerador a fondo. Y es tal vez una de las impresiones que me gustaría poder matizar, sobre todo porque siempre me parece necesario rescatar el hilo de las movilizaciones, sus contextos políticos precedentes, sus memorias.

Los escritos y obras se organizan en seis apartados que recorren el territorio, las violencias, los cuerpos desobedientes, las memorias, los flujos entre lo individual y colectivo, los feminismos y la diversidad sexual. Todo esto, creo, como una buena y sugerente lectura y distribución de las temáticas y luchas que se han abierto en el Chile de las últimas décadas. La despolitización transicional, parece estar acechada ahora por una palabra que es de uso frecuente en los textos curatoriales y documentación de obras: la reactivación. Como si Chile y la política vinieran despertando de un sueño melancólico con domicilio en la última década del siglo pasado. Es el 2011 y la apertura de un ciclo de movilizaciones lo que aparece señalado en varias de las reflexiones como punto clave para repensar la (re)articulación entre arte y política, la necesidad que los nuevos acontecimientos políticos sugieren para ensayar formas y desplazamientos que interrumpen y disloquen el neoliberalismo.

¿Cómo leer entonces los vectores arte y política en este contexto? Las sugerencias de los textos compilados en *Arte y Política 2005-2015* son múltiples, diversas, a ratos contradictorias. Se observa que las discusiones de las décadas previas dejaron sospechas sobre la representación/identidad y la transparencia discursiva de la obra, hay también temáticas que parecen incorporadas, adheridas a la piel de las intervenciones, hay lecturas de una violencia neoliberal que recorre distintos espacios y niveles: territoriales, corporales, étnicos, privados y públicos. Es recurrente la figura del intersticio, de la fisura, de la necesidad de interpelar al espectador problematizando la relación que pueda establecerse entre su mirada y la obra. No se trata de relatos anudados de antemano, pareciera haber voluntad en los trabajos reunidos, de desplegar la multiplicidad de las asociaciones con el fin de que la subjetividad asista a sus propios encuentros y desencuentros. Y cuando esto no ocurre, alguna mirada en

contraposición rápidamente sugiere o llama a poner atención en posibles y necesarios desajustes.

El ánimo del libro, destaca Nelly, es seguir preocupándose por la artísticidad, la politicidad y la criticidad del arte. El dilema está abierto, por cierto, pero existe claridad en el marco: la hibridez de un capitalismo flexible en que la distinción dentro/afuera es poco nítida, donde la crítica es rápidamente subsumida, parasitada, asimilada. Por eso las oscilaciones de sentido, las dudas y los suspensos parecen seguir siendo necesarios, aunque aquello no resta de hacerse parte del Chile que demanda intervención y mirada. No hay temas fijos, la especificidad es histórica y el posicionamiento es cultural, nos recuerda Nelly citando a Hal Foster.

Como mencionaba antes, me llama mucho la atención el uso de la palabra reactivación. No se me hace ajena para nada, yo también la utilizo, pero hay algo de sintomático en la necesidad constante de desperdiciarnos. Me parece que si algo ha marcado la posdictadura en nuestros cuerpos es la sensación de despojo, que es particularmente clara si pensamos además en los mecanismos de desposesión que el neoliberalismo propicia. Quizás es necesario también hablar de repolitización y de politización. No me queda tan clara la necesidad del uso del prefijo “re”, pues creo que concurrimos a un proceso de acumulación de luchas. Antes decía que me gustaba hablar de la memoria y la hebra de los movimientos, pienso en las décadas de lucha mapuche, por ejemplo, que creo son antecedente de los estallidos de los 2000. Incluso pienso en la resistencia insurreccional de los primeros años de los 90, recién retornada la democracia, cuando grupos organizados en dictadura seguían combatiendo la salida institucional pactada en el plebiscito.

El 2011 ha sido descrito con el signo de la irrupción, pero creo que la acotación de Ignacio Szmulewicz en su texto “Una nueva comunidad para una nueva ciudad” es certero cuando sugiere que los aportes artísticos de nuevo ciclo tienen como detonante histórico (junto al aumento sustantivo del modelo de densificación de la ciudad, que es su tema de estudio), la repolitización y aceptación del conflicto en el espacio público ya que "hacia fines de mayo del 2011 la situación de Chile [vivió] el mayor cambio de las últimas décadas. La pasividad y continuidad con que habían sido asumidas las transformaciones de la dictadura llegó a su fin. El centro de la capital -y de todas las ciudades del país- fue testigo de un levantamiento ciudadano, incontrolable y exponencial, clamando un giro en los temas fundamentales: el medio ambiente, la educación, la distribución del ingreso y la desigualdad regional".³

Me parece acertado, sobre todo, porque abre la mirada más allá de lo estudiantil que, huelga decir, tuvo su primer antecedente en las movilizaciones que se dieron el 2006, que sabemos que además de ser las primeras y tímidas demandas, muy lejos aún del explosivo significante gratuidad, fueron rápidamente subsumidas y repactadas en el primer gobierno de Bachelet. Creo que es importante destacar que no solo lo estudiantil ha sido parte de este ciclo de

³ Ignacio Szmulewicz. “Una nueva comunidad para una nueva ciudad”, en *Arte y Política 2005-2015*, ed. cit., p. 110.

movilizaciones, porque además el libro en los textos y obras que rescata da cuenta, precisamente, de los múltiples temas que los vectores arte y política han abordado, o se que ya detonados, han puesto en marcha alguna de sus expresiones con ayuda de prácticas estéticas.

Tras haber sobrevolado parte del encargo, quiero detenerme en las memorias y los feminismos. Creo que son cuestiones clave, o al menos para mí muy importantes, y que me parece el texto invita a reflexionar. El apartado que agrupa a las obras, performances e intervenciones sobre memoria, lleva por título “La memoria inconclusa”, y estando de acuerdo con esta insistencia, quisiera que nos preguntáramos una vez más por la necesidad de recordar. Los recuerdos anestesiados de la transición, en forma de memoria oficial victimizante, fragmentada y despojada de las luchas que antecedieron el golpe, parecen seguir en pugna permanente por mantenerse vigentes. Por eso me parece de mucho interés las obras que recoge el capítulo e incluso lo que puede observarse en otros apartados, como *Ab, los días felices* de Carlos Altamirano, el trabajo sobre la Villa San Luis de Valentina Henríquez, *Campamento*, la memoria de Tomé, e incluso ciertos pasajes de *Arder* de Fernanda Carvajal, escritos, dirigidos y susurrados de tú a tú a Pedro Lemebel. Hay algo en el ejercicio de la memoria que debe desbordar a las víctimas de la dictadura, que debe asirse a los recuerdos comunitarios de la Unidad Popular, a la resistencia contra la dictadura que se observa en el *Neltume* de Claudia del Fierro, al José Huenante de Londres 38 y Camilo Yáñez o el *Equipo Dagoberto Pérez* de Renata Espinoza. Me parece, y a veces lo observo con algo de desazón en las nuevas organizaciones políticas, que nos permitimos repetir las coreografías del recuerdo de los años de Concertación, el desfile de víctimas aisladas, sin historia, sin proyecto y sin compañeros. Que las distancias políticas las establezcamos a través de desacuerdos, que lo que rescatemos para una nueva política sea a partir del ejercicio del recuerdo, no del silenciamiento ni de la repetición sin preguntas ni reinterpretaciones.

Antes lo mencioné, la memoria es un hilo para entender los estallidos del presente. Las memorias: la de las ciudades, la de los cuerpos, la memoria feminista. Un presente con fuerzas en com-posición como sugería la cita de Nelly. Un presente atento y en conflicto con un presentismo neoliberal que atrapa en urgencias.

Hoy asistimos a un inédito momento de movilizaciones y luchas feministas, inédito en su masividad y visibilidad, una «ola feminista» que me parece invita a mirar este libro en dirección a esta coyuntura y también a interpelar sus textos. Y es que a la vista del presente, las reflexiones o preguntas de Adriana Valdés o Guillermo Machuca en torno al arte de mujeres, pueden verse desactualizadas. La curaduría de Machuca a *Del otro lado*, que se posa sobre un signo mujer convencional, es descrito desde una mirada masculina que hermana el arte de mujeres con las temáticas de género. La respuesta de *Handle with care* de Soledad Novoa, Yenyferth Becerra y Ana María Saavedra con el desorden de significados instalados a través de la propuesta y tachadura de *Esto ~~no~~ es una exposición de género* de 2008, retrata una necesaria pugna y respuesta a esa mirada unívoca en torno a lo femenino, las mujeres y el género; pero son todavía muestras parciales que hoy inquietan aún más. Los dos miles fueron también años de

irrupción de la diversidad sexual como potencia feminista. Siguieron un paso observable desde los 80, con la proliferación de grupos críticos del neoliberalismo y de la higienización de organizaciones LGBTI+ que limitan sus demandas al matrimonio homosexual; manteniendo la lucha por la visibilización del VIH y por el aborto libre, que pueden observarse en las referencias del libro a Juan Pablo Sutherland, Víctor Hugo Robles “el Che de los gays” y el CUDS.

Cuando digo que estas obras e intervenciones hay que verlas a la luz del presente, del feminismo y sus oleajes, no es porque creo que haya hoy una “superación histórica”. De hecho me parece que, por el contrario, hay que mantenerse muy atentas a las arremetidas conservadoras que intenten recuperar y neutralizar las demandas feministas. Pero también hay que tener cautela y apertura a trazar las memorias feministas que sean necesarias al interior del propio movimiento, para recordarnos que la lucha es de las mujeres pero no solo nuestra, o que ese “nosotras” es una disputa, un lugar a desestabilizar. Por eso la vista hacia las obras del apartado de las «Desobediencias de cuerpos y género» me parece necesaria, estimulante y no desprovista de paradojas.

No es que hayamos superado por completo los conservadurismos que puedan intentar secuestrar la palabra feminismo bajo el signo de “las mujeres” sin diferencias, sin marcas de clase y raza, sin proyecto antineoliberal. No es que las preguntas que ofrece la curaduría de *Del otro lado* estén superadas; por eso es valioso también que *Arte y Política 2005-2015* introduzca la lucha por el aborto libre, pues esto corre de inmediato la frontera de demandas que la aún conservadora sociedad chilena y su acomodo neoliberal está dispuesta a aceptar. Es necesario que nos aferremos de nuestras luchas históricas, y ojalá también de las luchas ganadas en nuestro continente (pienso esto, mientras termino este texto sin saber cual es el resultado de la votación en el Congreso argentino por el aborto legal). Si ganan las argentinas ganamos todas. La «ola feminista» no es solo, y que bien que así sea, un fenómeno local.

La sociología y la teoría política gustan de diferenciar la apertura de nuevos ciclos políticos de los ciclos de movilización. La verdad no me siento totalmente capacitada para describir el momento en que vivimos, pero, al menos, quisiera dejar instalada una pregunta, que creo debiera movilizarnos a modo de ejercicio, a todas aquellas personas que nos interesamos en las prácticas estéticas, el arte y la política, y que me parece un paso evidente a partir de la observación de los dos libros sobre arte y política que hemos mencionado a lo largo de esta presentación: ¿Si antes fue la derrota, con qué signo(s) nombraremos este presente?